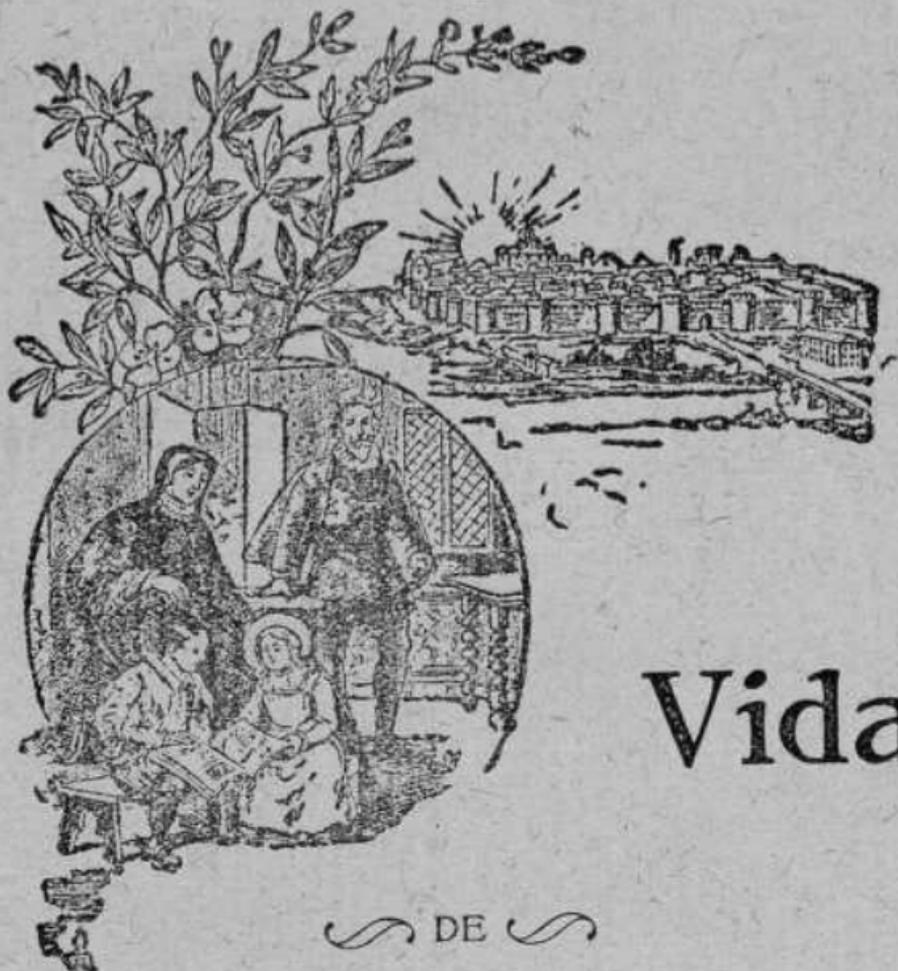


78.

VIDA DE SANTA TERESA







Vida

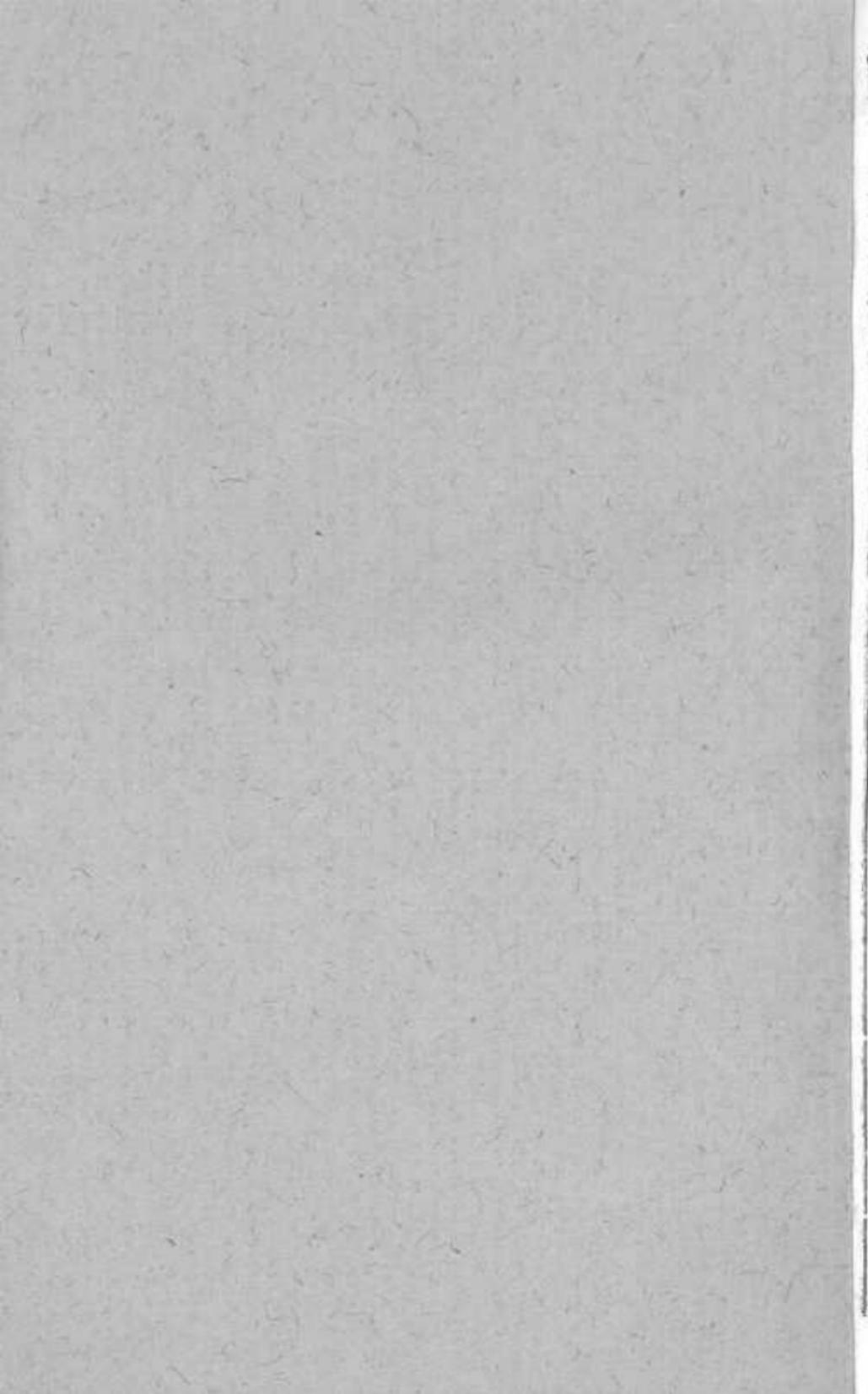
DE

Santa Teresa de Jesús



1926

IMPRENTA CATÓL. Y ENCUADERNACIÓN DE SIGIRANO DÍAZ
AVILA



COMPENDIO

DE LA

Vida de Santa Teresa de Jesús

PUBLICADA POR LA

Comunidad de PP. Carmelitas

DE AVILA



1926

IMPRESA CATÓLICA Y ENC. DE SIGIRANO DÍAZ
AVILA

Nihil obstat:

LIC. FROYLANUS PERRINO.

Cens. Eccus.

Imprimi potest:

DR. CALLISTUS ARGÜESO.

Vicarius Generalis.

Imprimatur:

FR. NARCISSUS A STO. JOSEPH.

Provincialis Carmelitarum Discalc. Castellæ Veteris.

Para la biblioteca del Excmo
Sr. Marques de S. Juan de Piedras
Blancas, el autor.
Fr. Cristobal de la V. O. S. L.



Al lector

Si quieres, piadoso lector, ver representadas a grandes rasgos algunas virtudes heróicas y algunas brillantes hazañas de una niña y joven extraordinaria, lee atentamente este pequeño dibujo de su vida encantadora.

Encontrarás en él lo más distinguido de la naturaleza, con lo más elevado de la gracia. Verás reflejarse sobre este cuadro maravilloso rayos de luz tan intensos, que insensiblemente llevarán tu mirada hacia el foco de donde proceden, que es Dios.

Su lectura será un poderoso aliciente que incline tu corazón hacia la virtud: un fiel consejero que guíe tus pasos con acierto, por el difícil camino de la santidad.

Las gracias de Teresa sobresalen tanto, que aprisionan dulcemente a sus devotos, y atraen

a sus mismos enemigos, admirados de sus empresas y enamorados de sus virtudes.

Léela, pues, con interés y cariño, y sentirás en tu alma los dulces encantos de la virtud, y en tu corazón los deseos de imitarla. Conseguirás por su mediación la paz del espíritu para esta vida, y una poderosísima ayuda para la consecución de la eterna, que es el fin de tu existencia.

Avila 28 de marzo de 1926, aniversario del nacimiento de la Santa.



Vista de Avila.

*Tenia un hermano a
quien yo más quería*

VIDA DE SANTA TERESA

Patria, Padres, Naci-
miento y Bautismo de
:-:-: Santa Teresa :-:-:

Para consolar Dios a su Iglesia en la pérdida de tantos hijos como la herejía de Lutero le arrebatava, y reparar los estragos que con

la corrupción de costumbres producía en la moral del Evangelio, hizo aparecer en 28 de marzo de 1515, día en que Lutero se declaró contra la Iglesia, una nueva Dévora que, con su valor y la ayuda del cielo, diese muerte al horrible monstruo del protestantismo, como la del pueblo hebreo al impío Abimelec.

Por eso, cuando en 1525, atropellando Lutero su profesión y sus votos, intenta matrimonio doblemente sacrílego, la niña Teresa se recrea con el pensamiento de ser monja, se divierte con su hermanito Rodrigo en hacer ermitas, en leer vidas de santos en profundas reflexiones sobre la vida eterna y en deseos de dar la vida por Jesucristo.

Y cuando en 1535, la sacrílega mujer de Lutero se entretiene en corromper a las doncellas que acudían a su casa con los jóvenes a quienes instruía su marido, la joven Teresa abandona el mundo para consagrarse a Dios en la vida religiosa, y se dispone a la magna empresa de fundar muchos conventos, donde multitud de jóvenes de ambos sexos se consagren a Dios en la práctica de las virtudes que Lutero rechaza.

A mujer de tan alto relieve quiso Dios darle por cuna la caballerosa y mística ciudad de

Avila, una de las más antiguas de España, situada en pequeño collado, rodeada de granítica muralla, de cielo claro, y aires puros, saludable por su clima, y que se destaca sobre el resto de la península como gigantesco relicario; este es el sitio elegido por Dios para pedestal de la extraordinaria y colosal figura de Teresa.

: Nobleza verdadera :

Llamáronse sus padres Alonso Sánchez de Cepeda y Beatriz de Ahumada, nobles por la sangre y más aun por la virtud, que es la verdadera nobleza, y la que sólo apreciaba la Santa cuando decía a uno de sus religiosos que se ocupaba en averiguar la nobleza de sus padres: «A mí, decía, me basta ser hija de la Iglesia, y me pesa más un solo pecado venial, que descender de los más viles hombres del mundo, pues andar discurrendo sobre la nobleza de la sangre no es sino discurrir sobre adobes.»

Cuán nobles fuesen por la virtud, lo dice la misma Santa por estas palabras: «Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los cria-

dos. Muy honesto en gran manera. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar ni murmurar.»

«Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades: grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión que de ella hacía caso; porque con morir a los treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos: todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios en ser virtuosos, sino fuí yo, aunque era la más querida de mi padre.» (Vida cap. I, n^{os}. 1, 2 y 3).

De este modo tan sencillo nos descubre la Santa el gran caudal de virtudes que atesoraba su familia, y que le transmitieron a ella con la buena educación; armándose así con el escudo de la virtud desde sus primeros años, para los grandes triunfos que después había de conseguir.

:-:-:-: **Bautismo** :-:-:-:

Al ser regenerada por las aguas bautismales en la parroquia de San Juan, el 4 de abril de 1515, miércoles de semana santa y día en que se dijo la primera misa en el monasterio de la Encarnación, se le dió el atrayente, inmortal y simpático nombre de Teresa; que en griego significa, agradable, graciosa y milagrosa; nombre tan poco conocido, que hasta en esto fué singular, la que había de serlo en todo. Ella dió tal realce a su nombre, que es hoy como una insignia gloriosa, en pos de la cual corren innumerables almas aclamándola Madre y Doctora, atraídos, sin duda, por el encanto de su virtud y su ciencia.

Dotes naturales de la

:-:-:-: niña Teresa :-:-:-:

Las bellas disposiciones naturales que heredó de sus padres junto con la buena educación que estos le dieron, fueron el mejor preparativo para las virtudes que Dios en ella quería depositar. «Era, dicen sus biógrafos, de gallarda estatura, rostro entre redondo y aguileño muy proporcionado; con buen color, y

aun ya anciana, parecía harto bien; cuando estaba en oración se le ponía el rostro muy hermoso, brillando todas sus facciones: tenía tres lunares en el lado izquierdo, uno a la mitad de la nariz, otro entre esta y la boca y el tercero en la barba que la hacían muy graciosa: las manos pequeñas y muy lindas: el cabello negro y crespo, cejas de color rubio oscuro, que unido esto a la viveza y gracia particular de sus ojos negros, hacía como quería, que en su presencia, mostrando gravedad, todos la respetasen, y riyéndose, todos se riyesen, derramando solo su vista alegría, y haciéndose a todos amable y agradecida sin ser pegajosa». Unido a lo dicho su aire garboso, hasta en el andar, y aquel agrado y amabilidad extrema con que robaba el corazón y afecto de quien la miraba o hablaba, «hacía, dice el Ilustrísimo Yepes, que *niña* o *doncella*, *seglar* o *religiosa*, atrajese cual fuerte imán las voluntades, y todos quedasen cautivos de su trato.»

Cualidades del es-

piritu

Añádase a esta nobleza de sangre y de hermosura en toda su persona las cualidades de

su espíritu; «dotada, dice el inmortal Pio X, de singular penetración de espíritu, de grandeza de ánimo, de bondad de corazón, energía de carácter, gran destreza en el manejo de los negocios, junto con una índole apacible, y muy discreta y gentiles formas», y tendremos una doncella ideal, que lograba conquistarse con fuerza irresistible todas las voluntades, y era el terreno mejor dispuesto para la virtud, y para los grandes designios que Dios y su Santísima Madre tenían sobre ella formados; porque todas estas cosas no eran sino la fachada del gran edificio que se levantaba en su alma, la peana de su imagen gigantesca, disposiciones naturales que debían dar realce a los dones que Dios iba a depositar en su alma.

Primeros brotes de

virtud

Con tan bellas disposiciones y la educación cristiana que recibió de sus padres, a quienes llama *santos*, y *los vió en el cielo*, vióse crecer esta criatura escogida como árbol frondoso de virtud junto a la corriente de las divinas gracias y al calor del sol de la caridad divina, penetrándose de sus incendios. Escu-

chemos su relato: «El tener mi padre buenos libros para que leyesen sus hijos; el cuidado de mi madre en hacernos rezar y ser devotos de Nuestra Señora y de algunos santos y no ver favor en mis padres más que para la virtud, comenzó a despertarme, de edad a mi parecer, de seis a siete años.»



«Ibamos a tierra de moros para que nos descabezaran.»

«Juntábame con un hermano casi de mi edad, que yo más quería, a leer vidas de santos: espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que, pena y gloria para *siempre*; tratábamos muchos ratos de esto, y gustábamos

repetir muchas veces, para *siempre, siempre, siempre*: y el Señor era servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. Como veía los martirios que los santos pasaban por Dios, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de El; y deseaba yo mucho morir así.» (Vida cap. I.) He aquí a Teresa ejercitándose a los seis años en oración de meditación, en la que a ejemplo del Rey Profeta se le enardece su corazón con el deseo de Dios, y empieza a abrirse cual tierno capullo al contacto del sol de la gracia, y a exhalar el dulce perfume de su virtud, atrayendo en pos de sí a su hermanito Rodrigo, que padece los mismos deseos de ver a Dios, y concertando los dos el ir en busca del martirio para conseguirlo. ¡Qué ejemplo más elocuente del efecto que causan las buenas lecturas aun en los niños! ¡Y qué lección más sublime para los padres sobre las lecturas que han de permitir a sus hijos! «Juntábame, dice la Santa, con este mi hermanito a tratar qué medio habría para esto, (para sufrir el martirio) y concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen.» (Vida capt. I, n.º 4.) ¡Oh dichosa niña, que antes de gozar de la vida deseas perderla por Cristol

Camino del martirio

Estas determinaciones no eran hijas de la irreflexión o del capricho de la niñez, sino fruto sazonado de la atenta meditación sobre las verdades de la fé: eran hijas del cálculo y del convencimiento que tenían de que no vale nada todo lo de este mundo comparado con el cielo. Por eso, con una previsión impropia de su edad preparan algunas provisiones para el camino y «cuando esas les faltasen, dice, irían pidiendo por amor de Dios. Y el tener padres, añade, nos parecía el mayor embarazo». A quién no admira esta madurez de juicio en unos niños de seis años? ¡Cuántas santas Teresas habría en el mundo si los padres tomasen más interés en la cristiana educación de sus hijas! ¡Oh Teresa, mujer intrépida y varonil, que a los siete años corres alegre al martirio, impulsada por el amor de Dios! ¡Cuán grande debió ser la hoguera divina que atrasó tu corazón durante la vida, pues tales llamaradas despedía en los albores de tu existencia!

No pararon en solo proyectos y palabras las determinaciones de Teresa con su hermanito Rodrigo. Resueltos a llevar adelante sus

propósitos, y obviadas en su modo de ver todas las dificultades, salen furtivamente de la casa paterna (1522) llevando consigo algunas provisiones para el camino: atraviesan las calles de la ciudad, se encomiendan, dice la tradición, a la Virgen de la Caridad, que se venera hoy en la Iglesia Catedral y entonces en la ermita de San Lázaro junto al puente Adaja, extramuros de la ciudad; y después de pedirle la bendición y fuerzas para la empresa, continúan su camino, volviendo la vista hacia atrás, y apresurando el paso, temerosos de que en casa les echen de menos y vengan en su busca.

:- Intento frustrado :-

Pero he aquí que el peligro se les presentó por donde menos esperaban, porque regresando de darse un paseo a caballo su tío don Francisco, les sorprendió, volviéndoles a casa de sus padres cuando apenas se habían distanciado de la ciudad un kilómetro, con gran sentimiento y pena para Teresa de que se habían frustrado sus anhelos de martirio, y con alegría de su madre que llena de pena les hacía buscar.

La niña Teresa lloraba inconsolable, no por la reprensión de su tío, ni por la que le daría su madre, ni por la culpa que sobre ella echaba su hermanito Rodrigo, diciendo, que ella le persuadió a tomar aquella determinación, sino por ver defraudadas sus esperanzas de dar la vida por Jesucristo: deseos tan heróicos y desusados en la niñez que no se conocen semejantes en las vidas de los santos. ¡Qué confusión, no solo para los niños de nuestros días, sino para todos aquellos cristianos que solo aspiran al placer momentáneo, que rehuyen hasta el cumplimiento del deber siempre que para ello se les exige un pequeño sacrificio, pues pasan la vida en disipaciones y pecados: en vergonzosas condescendencias con el mundo y las pasiones!

La conducta ejemplar de estos dos hermanitos, condena claramente la vida muelle y afeminada de la juventud de nuestros días, y no menos nos avergüenza la prontitud y firmeza con que buscaron otros medios de servir a Dios para ganar el cielo, cuando vieron que no podían por el camino del martirio. «De que ví, dice la Santa, que era imposible ir a donde nos matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta

que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían.

Hacia limosnas como podía; procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario de que mi madre era muy devota y nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas, y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como estotro que he dicho.» (1), (Vida, cap. I, números, 5 y 6).



Procurábamos hacer ermitas con unas piedrecitas, que luego se nos caían.

(1) El martirio, las devociones, la meditación y la limosna.

¡Qué hermosos ejemplos tienen que imitar las niñas y las jóvenes en Teresa! ¡qué potentes eran las fuerzas vitales que se desarrollaban en su espíritu propias de una persona curtida en la virtud!

Tal fue la infancia de Teresa desde los seis a los doce años; dulce y pura como la aurora de un hermoso día de primavera, que presagia la poderosa luz que ha de proyectar sobre el mundo en pleno día de su existencia.

-: Cambio de madre :-

Si en el deseo del martirio se descubre el gran fuego de amor divino que abrasaba el corazón de Teresa, en el amor a la soledad, a la oración y a las tentativas de hacer ermitas y monasterios, se manifiesta de un modo profético el fin para que Dios la tenía destinada en este mundo, que era la reforma de la Orden de la Santísima Virgen, y el Magisterio de la vida espiritual.

Recibida de su madre, como ella misma nos ha dicho, una tierna devoción a la Reina de los Angeles, cuando aquella le faltó se echó

a los pies de la segunda suplicándole fuese su madre. «Cuando murió mi madre, (1527) dice élla, quedé yo de edad de doce años poco menos. (1) Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simplicidad, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella, y



*Supliqué a la Virgen fuese mi madre
con muchas lágrimas.*

(1) Según la más cierta cronología había entrado ya la Santa en los 14.

en fin me ha tornado a sí.» (Vida capítulo I, número 7.)

Según esto, lo que muchos, faltos de piedad cristiana, juzgarían por ñoñería o superstición, no fué en vano para la niña Teresa, como no lo será para todos los que la imiten, en encomendarse a la Madre de Dios. Esta Madre amantísima tomó desde entonces a su cargo a la niña Teresa, y la iba disponiendo para encomendarle más tarde la Reforma de su Sagrada Orden, y así no quiso que tuviese en el mundo otra madre, ni otra casa más que ella y su Carmelo, jardín ameno, destinado desde entonces para recibir el cultivo de aquella hija predilecta.

:- Plan de combate :-

Pero estos actos tan hermosos que regocijaban a los ángeles, no podían menos de suscitar odios y recelos por parte de satanás, que presagiaba los daños y la guerra que esta niña le había de hacer, si marchaba por tales caminos. Para impedirlo, preparó su plan de combate, tomando por armas las mismas gracias naturales de que Dios la había adornado, que eran muchas, y que son ordinario lazo de

que sataná's se sirve para coger a la incauta juventud, haciendo, como dice San Jerónimo muchas infelices con su hermosura, granjería de su cuerpo, y un cuchillo de fuego para abrasar la castidad; o como dice el Crisóstomo, «un sepulcro blanqueado, evidente precipicio, y veneno compuesto para los insipientes.»

Su belleza, pues, y natural amable son el campo de acción, o la materia sobre la que sataná's va a tender sus redes valiéndose como de instrumento de una prima suya. Oigamos el relato de la misma Santa y comprenderemos cuales fueron los extravíos que ella tanto lamentó en vida, y los peligros a que se expuso con su descuido.

Fuerza del mal ejemplo y peligro de las
malas compañías :-

«Pasando de esta edad (de 12 años) comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado, que según decían, eran muchas, cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar, para ofenderle como ahora diré.»

«Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tan virtuosa mi madre, como he dicho, de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías (novelas) y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor: sino desenvolvíamos para leer en ellos, y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella ví, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás: (entiendan los padres que no reparan cometer graves faltas en presencia de sus hijos) y parecíame no era malo con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.»

«Comencé a traer galas, y a desear conten-

tar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecía a mí no eran ningún pecado, muchos años; ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado, y pluguiera a Dios que lo fuera de estos también; porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar a crear virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo. Andábamos siempre juntos; teníanme gran amor, y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba pláticas, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fue, mostrarse el alma a lo que fué causa de todo su mal.

Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; por-

que aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor. Así me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo (1), de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, de esta no tomaba nada y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo me aficioné a tratar. Con ella era mi conversación y pláticas; porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas), no me parece había dejado a Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no per-

(1) Llamábase D.^a María de Cepeda, hija de don Alonso y de su primera mujer D.^a Catalina del Peso y Henao.

derla del todo, ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona de él que a esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios como me lo daba mi natural para no perder en lo que me parecía a mí está la honra del mundo, y no miraba que la perdía por otras muchas vías.»

«En querer esta vanamente tenía extremo. Los medios que eran menester para guardarla, no ponía ninguno; solo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad; reprendíanmela muchas veces. Como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad, debe ser mayor el mal que hace. Querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosa, no me dejó casi ninguna, (virtud) y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la

misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud: porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después quitado este temor del todo, quedóme solo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella y contra Dios.»

«Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo. Que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; más el interés las cegaba, como a mí la afición. Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sinó a pasatiempos de buena conversación; más puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro y ponía en él a mi padre y hermanos.»
(Vida cap. II.)

Este es el cuadro admirable que Teresa pin-

ta de sí misma desde los catorce a los dieciséis años: lamentando los daños causados en su alma por la lectura de libros, que sin ser malos, porque estos nunca entraron en casa de sus padres, eran no obstante a propósito para cebar el apetito de leer, distrayendo el ánimo de la piedad y haciéndola faltar a la obediencia de su padre que no gustaba de tales lecturas: despertando en ella también los deseos de agradar y parecer bien, con perfumes, arreglo de su persona, y otras vanidades propias de las jóvenes, cosas todas que resfriaron su ánimo para la virtud y cambiaron su corazón, antes abrasado en amor de Dios, y ahora en amor de la vanidad.

Así se lamenta Santa Teresa de los daños que las lecturas vanas, y malas compañías causaron en su alma, y que la hubieran llevado a la perdición, si el horror natural que tenía al pecado mortal, y Dios que velaba sobre ella, no hubiesen contenido su corazón para no dejarse perder del todo, ni caer en culpa grave como luego veremos. 1529.

: Visión del infierno :

Por el desmedido afán de lecturas vanas,

aunque no inmorales, según la Santa nos acaba de referir, entró la vanidad en su corazón; con la vanidad el deseo de agradar a las criaturas, y tras de esto las amistades peligrosas, que si bien no la precipitaron en la culpa mortal, la pusieron en mucho peligro; y de seguir con ellas, hubiera ido camino del infierno según el Señor le dió a entender y ella lo refiere por estas palabras: «Estando un día en oración me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que parecía estar metida en el infierno. Entendí, quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidármeme. Parecíame la entrada á manera de un callejón muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo y oscuro y angosto. El suelo me parecía de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavidad metida en una pared á manera de una alacena á donde me ví meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí. Esto que he dicho va mal encarecido. Esto me parece que

aun principio de encarecerse cómo es, no lo puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y según dicen los médicos, los mayores que se pueden aca pasar (porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos como he dicho, causados del demonio), no es todo nada en comparación de lo que allí sentí y ver que habían de ser sin fin, y sin jamás cesar. Esto no es pues nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no se cómo encarecerlo. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque aún parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no se como encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar, y desmenuzar a lo que me parece, y

digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.»

«Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared; porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo como puede ser esto, que, con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno; después he visto otra visión de cosas espantosas, y de algunos vicios el castigo... quiso el señor yo viese por vista de ojos de donde me había librado su misericordia...»

«Después acá todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame cómo habiendo leído muchas veces libros adonde se dá a'go á entender las penas del infierno, cómo no las temía ni tenía en lo que son ¿Adónde estaba? ¿Cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir á tan mal lugar? Seáis bendito, Dios mío, por siempre. Y como se ha parecido que me que-

ríais Vos mucho más á mí que yo me quiero! ¡Qué de veces, Señor, me librásteis de cárcel tan tenebrosa, y cómo me tornaba yo á meter en ella contra vuestra voluntad! (Vida cap. 32, n.º, 1-5.)

Los provechos que Teresa sacó de esta visión del infierno fueron muchos: gran temor de ofender a Dios: agradecimiento a su misericordia por ver el lugar de donde la había librado; deseos de padecer todos los trabajos de este mundo, y gran deseo de servir a Dios y salvar almas por librarlas de lugar tan tenebroso.

«Esto también me hace desear, dice, que en cosa que tanto importa, no nos contengamos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte; no dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos gracia para ello. (Cuando yo considero que aunque era tan malísima, ¡quién se hubiese contenido siempre en los límites que se sostuvo élla!) «traía algún cuidado de servir á Dios y no hacía algunas cosas que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin pasaba grandes enfermedades y con mucha paciencia, que me la daba el Señor; no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de

nadie, ni me parece podía querer mal á nadie, ni era codicioso, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que, aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo más continuo; y veo adonde me tenían ya los demonios aposentada... digo... que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego, ni contento el alma que anda cayendo á cada paso en pecado mortal, sino que por amor de Dios nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará como ha hecho á mí.» (Vida XXXII).

¡Cuánto nos dá que meditar aquí la Santa! ¡Qué lecciones de ascética más sublimes! ¿Quién no tiembla al leer este asombroso discurso? Aprendamos en este ejemplo.

Aprendan sobre todo las jóvenes de nuestros días que leen sin reparo toda clase de novelas y folletos que vienen a sus manos, que traban amistades con las que más apoyan sus vanidades, sin reparar en peligros de ningún género.

Vean el peligro a que se expuso Teresa con lecturas y amistades que no pasaban de livianas; el lugar que los demonios le tenían preparado en el infierno si hubiese seguido por aquel camino; y consideren si están ellas

tan impuestas en la virtud como lo estuvo Teresa en sus primeros años, y si todas tienen unos padres tan celosos de su salvación como la Santa tenía. Pensando más tarde élla todas estas cosas decía: «Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural, antes á lo peor que á lo mejor:» es la misma advertencia del Apóstol cuando nos dice: «Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.» ¿Quién podrá calcular las pérdidas que por estos descuidos sufren las almas? Las lágrimas derramadas por los profetas y por los varones santos sobre las ruinas de Israel, son insuficientes para llorar dignamente la ruina de tantas almas causada por las lecturas, conversaciones y amistades livianas, que cargan la imaginación de representaciones torpes y repugnantes quimeras, ahogando la vida del alma. ¡Ay del mundo, decía Jesucristo, por causa de los escándalos! ¡Y ay de aquel, que los produce! mejor le fuera, dice el Señor, que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese arrojado al profundo del mar. Más le valdría no haber nacido!

**Teresa nunca llegó a
cometer culpa grave.**

Nadie sospeche, por estas vanidades de que se dejó llevar la Santa, que llegó a cometer pecado grave; «pues no tenía, dice ella, en estas vanidades mala intención, porque no quisiera que nadie ofendiese por mí a Dios. Y nos ha dicho también, las buenas inclinaciones que tenía y cuánto aborrecía el pecado.

Todos sus biógrafos y confesores están acordes en afirmar que no cometió culpa mortal, ni aun venial con advertencia, pues era grande el horror que sentía hacia todo lo que fuese deshonestidad, y «no había, dice ella, afición de persona que me pudiera hacer cometer un pecado venial de advertencia. «Hasta en su rostro y compostura, dice el P. Yepes se manifestaba su castidad, y con ella atraía y aficionaba a la pureza a cuantos la miraban». Y Gregorio XV en la Bula de la Canonización dice: que, «guardó entera castidad de alma y cuerpo desde su niñez, y su corazón se conservó sin mancha ni pecado venial con advertencia». Más todavía, el leer sus cartas era a muchos motivo de verse libres de la tentación deshonesta.

¡Oh Virgen purísima, fresca y lozana flor de primavera, regada con el rocío del cielo, que germinaste entre el estiércol de la humana naturaleza sin participar de sus hedores, ni ser abrasada por los ardores del fuego mortal de la concupiscencia; quisiera que tus aromas llegasen a todas las almas que sufren los fuertes mareos de la desenfrenada concupiscencia, quisiera que la luz de tu lámpara virginal, brillase en medio de la negra humareda del sensualismo para dar luz a los que participan de sus tinieblas. Quisiera que las aguas refrigerantes de tu pureza calmasen los ardores de la fiebre impura, que abrasa los cuerpos y consume las almas.

En el Convento de
Gracia.— Eficacia de
los buenos Consejos.

Sigamos ya los pasos de la jóven Teresa que, a los dieciseis años cumplidos, como Dios la destinaba para aumento de su gloria accidental, y para bien de muchas almas, la sacó luego de los peligros referidos, por medio de su cristiano padre, quien, casada su hija mayor doña María, creyó conveniente

no quedase sola, y la llevó, según se cree, el 13 de Julio de 1531 para ser educada con otras de su clase, al convento de Nuestra Señora de Gracia, de monjas Agustinas, que aun subsiste para gloria de Dios y de su religión. Pero dejemos la palabra a la Santa.

«No me parece hacía tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo. Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad. Traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo menos, estaba «muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y así era muy querida. Y puesto que yo estaba entonces enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y recato. Aun con todo esto no me

dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recados. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse a acostumar en el bien de mi primera edad, y ví la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando y remirando por dónde me podía tornar a sí. Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz. Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Coméncome a contar cómo ella había venido a ser monja por solo leer lo que dice el Evangelio: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos.»

(1) Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por El. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala, y a tornar a poner, en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y a quitar algo la gran enemistad que

(1) Matt. XX, 16

tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima.

Indecisión de ser
monja

«Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada. Comencé a rezar muchas oraciones vocales y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le había de servir: Al cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces, y luego se quitaban, y no podía persuadirme a serlo.»

«En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre.» (Vida cap. III).

He aquí a la jóven Teresa, que tan pronto como deja la compañía de su liviana parienta, y se encuentra entre la buena compañía de observantes religiosas, con los buenos ejemplos que allí observa y los acertados con-

sejos de su virtuosa maestra, la religiosa doña María Briceño, en cuyo pecho, antes de entrar la Santa, vieron las demás religiosas entrarse una estrella, despierta de sus tibiezas siente tranquilizarse su espíritu algún tanto sobresaltado por los tres meses de vanidad, y brotan en su corazón de fuego aquellos primitivos fervores de su infancia, comprende la vanidad del mundo, y lo expuesto de vivir en él, y empieza en su alma una terrible lucha. «De un lado la divina gracia le pinta los inminentes peligros del siglo; oh, que las pasiones la dominarán y jugarán con ella, empujándola de placer en placer y de descarriadero en descarriadero, por los caminos de la perdición! Y de otro lado la fantasía, le representa como inllevables, las crudezas del claustro: ah, que las privaciones de la vida religiosa entenebreecerán para siempre sus simpatías y sus hechizos!

¿Pero no es lo primero la salvación? Y la salvación de un alma apasionada, como la de ella, ¿no estará mucho más asegurada en el claustro que en el siglo? Y al fin la gracia divina triunfa, y Teresa sonríe a la vida religiosa». (P. Graciano Martínez.) Ya no tiene enemistad con ser monja.

::: Salida de Gracia :::

Pasados año y medio en el convento de Gracia con vida tan ajustada y provechosa como ella nos ha dicho y entre las luchas de ser para monja o casada, una enfermedad la obligó a salir y volver a casa de su padre. Cuando estuvo convaleciente se fué a pasar unos días a Castellanos de la Cañada, pueblo de diez vecinos de la provincia de Avila, en casa de su hermana Doña María, casada con D. Martín de Guzmán y Barrientos.

Antes de llegar al lugar se detuvieron en la aldea de Ortigosa, distante como cuatro leguas y media de Avila, donde moraba su tío D. Pedro de Cepeda, hombre muy dado a la virtud. Allí leyó las Epístolas de San Jerónimo y otros libros piadosos que acabaron de decidir su vocación al estado religioso, juntamente con las santas conversaciones de su tío.

Oíganos de nuevo a la Santa: «Aunque fueron los días que estuve (con el tío) pocos, con la fuerza que hacían en mí corazón las palabras de Dios; así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en

breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, ví era el mejor y más seguro estado; y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle. En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí



Vi que el estado religioso era el mejor y más seguro.

misma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en el purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que este era mi deseo. (V. C. III.)

He aquí las buenas lecturas y la buena compañía obrando de nuevo en el corazón de Teresa, y sosteniendo una fuerte lucha en su espíritu, por espacio de tres meses: otros tantos que los que había estado metida en las vanidades referidas: acabando por triunfar la gracia en su corazón y la vocación al estado religioso. A las dificultades que le ponía el demonio de que no podría llevar las asperezas de la vida religiosa, se defendía, pensando, que no serian mayores que las penas del purgatorio, las cuales podía satisfacer con la vida religiosa, y que no era mucho pasase algo por servir a Cristo, ya que tanto había sufrido El por ella; que El la ayudaría a llevar los trabajos.

:-:-:- Resolución :-:-:-

Determinada ya su vocación al estado religioso, le quedaba otra gran dificultad que vencer: decírselo a su padre, sabiendo que este se oponía a sus deseos. Mas recordando lo que había leído en las epístolas de S. Jerónimo, a este propósito, se animó, y con eso, dice, «me determiné a decírselo a mi padre que casi era como tomar el hábito; porque

era tan honrosa que me parece no tornara atrás por ninguna manera habiéndolo dicho una vez» (Ibid.) Alteróse el padre con la demanda, y solo pudo conseguir de él que, «después de su muerte hiciese lo que quisiese».

He aquí a la joven Teresa metida entre dos fuegos de amor. El amor de Dios y el de su padre. «El que ama alguna cosa más que a mí, le dice Jesucristo, no es digno de mí. Y si alguno quiere venir en pos de mí debe dejar a su padre, y a su madre y a sus hermanos». Por otra parte tiene a su padre, íntegro caballero católico, que no quiere oponerse a los designios de Dios, pero se resiste a que su hija se vaya al convento. Terrible fué la violencia que Teresa hubo de hacer a su corazón amante y agradecido, pero al fin triunfó en ella la gracia, y sin decirle nada a su padre, a hurtadillas, se desliza una mañana en el convento de las Carmelitas de la Encarnación; mas, con qué pena tan desgarradora! Oigamos a la Santa, contar todo el relato: «En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío, (1) a que se metiese fraile, diciéndole la

(1) Llamábase Antonio y era más joven que la Santa.

vanidad del mundo, y concertamos entrambos de irnos un día, muy de mañana, al monasterio a donde estaba aquella mi amiga, que era al que yo tenía mucha afición; puesto que



Nuestro Señor me dió ánimo contra mí y lo puse por obra.

ya en esta postrera determinación, es'aba de suerte, que a cualquiera, monasterio, que pensara servir más a Dios, o mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi

alma; que del descanso del cuerpo ningun caso hacía de él». (V. c. IV., n. 1.)

Acuérdaseme, a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de la casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera;» (Ibid.) pues como el amor era nuevo, y el espíritu no ejercitado, iba por el camino con tan grande contradicción de su alma que le parecía era poco menos que arrancársele del cuerpo; pareciéndosele que cada hueso se le arrancaba de por sí: mas animada de Dios contra sí misma, puso por obra sus deseos entrando en el Monasterio de la Encarnación despidiéndose de su hermano Antonio que desde allí se fué al convento de Santo Tomás, aunque no logró la suerte de ser admitido como su dichosa y querida hermana.

¡Hermoso triunfo del amor divino sobre las seducciones de la carne. Una joven en extremo agraciada por la naturaleza, de entendimiento agudo y corazón delicadísimo, hecho para amar todo lo grande y bello, en lo más lisonjero de su edad, cuando el mundo más la solicita, se encierra en un claustro para darse toda a Dios y dejar burlado al mundo! ¡Admirable! ¡Qué recio temple el de esta heroína cristiana: de niña se fuga del hogar

paterno, suspirando por el martirio, y ahora se fuga para encerrarse en el claustro!

En la Encarnación.—

Consuelos y penas.—

! : : Profesión ! : : !

Entrada en el Convento, avisaron a su padre, el cual vista la determinación de su hija, aunque sintiendo mucho verse separado de ella, no quiso impedirle tan santo propósito, y firmó con las monjas la escritura del dote, el 31 de octubre de 1536. Tomó el hábito el 2 de noviembre a los 21 años de edad siete meses y seis días: en el mismo año que fueron destruidas por el luterano Enrique VIII, tres provincias carmelitanas, en Inglaterra, Escocia e Hibernia, con cincuenta y seis conventos, y más de 1500 religiosos muertos o desterrados. Para remedio de esta devastación impía, prepara la Reina del Carmelo a esta hermosa y valiente Judit, que ha de temperar las amarguras de la Iglesia y devolver al Carmelo toda su hermosura y esplendor.

Colocada esta tierna planta en el fértil campo de la religión se arraigó en breve y comen-

zó a crecer extraordinariamente en virtudes, y caminar con el contento que ella misma refiere por estas palabras: «En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender, cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino



*«O padecer o morir», he
aquí su heroica divisa*

grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy: y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Cuando de esto me acuerdo, no hay

cosa que delante se me pusiese por grave que fuese que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudado al principio a determinarme a hacerlo, que siendo solo por Dios, hasta en comenzar-lo quiere para que más merezcamos que el alma sienta aquel espanto. Esto tengo por experiencia como he dicho, en muchas cosas harto graves; y así jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiración acomete muchas veces se deje, por miedo, de poner por obra, que si va desinteresadamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo: sea bendito por siempre Amén.» (V. c. IV, n. 2).

De esta manera correspondía el Señor a los esfuerzos, que Teresa hacía por servirle, llenándola de gozo en su interior. «Dábanme deleite—dice—, todas las cosas de la religión, y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mis regalos y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por donde venía». (Ibid.)

Al lado de este gozo andaba también el su-

frimiento en cosas interiores, «pasé,—dice ella misma—el año del noviciado, grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo; mas culpábanme sin tener culpa hartas veces, yo lo llevaba con harta pena e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad, y me veían llorar por



Yo soy Teresa de Jesús.—Yo Jesús de Teresa.

mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decían. Era aficionada a todas las cosas de religión mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame

de ser estimada, era curiosa en cuanto hacía: todo me parecía virtud, aunque esto no me será disculpa. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad y muy penosa... veía a todas temer aquel mal, y a mi hacíame grande envidia su paciencia. Pedía a Dios que, dándola a mí así, me diese las enfermedades que fuese servido.» (V. c. V.)

De esta manera pasó Teresa su noviciado entre las alegrías y gozos del espíritu por la dicha de verse monja, y entre las aflicciones de la carne que se resistía a entrar por el camino de la humillación. Llegó el tiempo de la profesión y entonces se renovaron y avivaron más las repugnancias del natural saliendo por sus fueros la carne y la sangre.

Sobrepúsose al fin con gran fortaleza y valentía de ánimo a todas las repugnancias y dificultades, y ofrecióse a Dios en holocausto perfecto por medio de los tres votos religiosos, a 3 de noviembre de 1537, a los 22 años de edad, devolviéndole a Dios a los pocos momentos los contentos con que la regalaba al principio de su noviciado.

Camino de Becedas y
regreso a la casa pa-

terna :-: :-:

Mas aunque el contento era grande, como la salud con que había entrado era poca; «La mudanza de vida y de manjares—dice—, me hizo daño a la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos, y díome un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto a quien lo veía, y otros muchos males juntos, y así pasé el primer año con harto mala salud». (V. c. IV.)

Aumentando cada día su enfermedad, en parte por las muchas penitencias que hacía y no hallando remedio en los médicos de Avila determinó su padre D. Alonso sacarla del convento y llevarla a un pueblecillo llamado Becedas que dista de Avila unas 15 leguas hacia el Oeste, donde había una mujer con fama de curandera. Salió del Convento acompañada de su amiga Doña Juana Suarez a principios del invierno de 1537.

Por el camino y antes de llegar a Castellanos se detuvo en Ortigosa para visitar nuevamente a su tío D. Pedro de Cepeda de quien

tan buenos consejos había recibido la primera vez que con él había estado al salir del Convento de Gracia Regalóle éste la tercera parte del Abecedario del P. Osuna con el que hizo grandes progresos en la oración y recibido del Señor singulares mercedes, hasta llegar como ella misma confiesa a la oración de quietud y de unión, con tan buenos efectos que ya traía dice, el mundo bajo los pies y así tenía lástima de los que le siguen aun en cosas lícitas.

Después de algunos días pasados al lado de su tío se fué a Castellanos y allí se detuvo hasta entrada la primavera del año siguiente: En estos nueve meses que estuvo con su hermana como el sitio era ameno y solitario empleaba el tiempo en oración; para lo cual «Procuraba, —dice élla,—lo más que podía traer á Jesucristo nuestro bien y Señor, dentro de mí, presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso le representaba en lo interior, aunque lo más gustaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación. Aprovechávame también á mi ver campo, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban y servían de libro. (V. c. IV, n. 7.)

Así llegó el mes de Abril y se encaminó a Becedas en compañía de Don Alonso, Doña Juana Suarez, y su hermana Doña María, donde pasó tres meses sujeta a la curandera, que fuerón para ella tres meses de purgatorio, y allí hubiera terminado su vida, si su padre que comprendió el engaño sufrido no la hubiese vuelto a Avila, adonde llegó, como ella dice, más muerta que viva. Su estancia en Becedas, si penosa para el cuerpo, fué en cambio de consuelo para el alma; pues le concedió Dios la gracia de traer a buen camino a un sacerdote que tenía escandalizado al pueblo.

En casa de su padre—

Sueño profético, Re-

: signación de Santa :

En casa de su padre tornaron a verla los médicos y todos la desahucieron, pues sobre el dolor de corazón, encogimiento de nervios, fiebre continua, y dolores insufribles por todo el cuerpo, decían que estaba ética. Fué tan adelante la enfermedad que, en la noche del 15 de Agosto le dió un parosismo que estuvo

cuatro días con él sin sentido. Le dieron la Santa Unción y teniéndola ya por muerta abrieron sepultura en el monasterio de la Encarnación y la hicieron las honras, y la hubieran enterrado si su padre no se hubiese opuesto diciendo, que aquella hija no era para enterrada: al despertar se encontró la cera sobre los ojos. En una de las noches del parosismo no se abrasó por milagro, pues durmiéndose su hermano Don Lorenzo que la velaba, se prendió fuego con la vela, la ropa de la cama, hasta que el humo producido en la habitación le sacó del sueño y pudo atajarlo. Vuelta al fin en sí prorrumpió en aquel grandioso vaticinio, que ella, para disimular, apellidaba después «disparates», pero que se vieron fielmente cumplidos «¿para qué me han llamado, exclamó,: he estado en el cielo, y he visto el infierno: mi padre y Juana Suarez (era una amiga, monja de la Encarnación), se han de salvar por mi medio. He visto monasterios que he de fundar; y las almas que por mí se salvarán; moriré santa, y mi cuerpo estará cubierto de un paño de brocado». La verdad de ésta profecía no necesita prueba; pues está patente a nuestra vista su cumplimiento. «Quedé de estos cuatro días,

dice ella, de manera, que solo el Señor puede saber los incomfortables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida: la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. (Vid. cap. VI, n I).

La vuelta a la vida, aunque con tantos padecimientos, se la debió, como ella misma lo afirma al glorioso Patriarca San José, a quien acudió ella en vista de la impotencia de los médicos para devolverle la salud. Fué tal la devoción que cobró con este glorioso Santo que acudía a él en todas sus necesidades, y se convirtió en panegirista y pregonera de la poderosa intercesión de San José, transmitiendo a sus hijos esta devoción y a todos los fieles como es reconocido por todos, haberse desarrollado en toda su fuerza la devoción al Santo Patriarca con lo que de su intercesión nos

dice en el cap. VI de su vida. Algo aliviada, dió gran prisa porque la llevasen al convento. «A la que esperaban muerta, dice, recibieron con



Primer Monasterio de San José de Avila.— Estátuas de San José y el Niño Jesús.

alma; más el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir que solo los huesos tenía ya. Digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios. Todos los pasé con gran conformidad, y si no

fué estos principios, con gran alegría: porque todo se me hacía no nada comparado con los dolores del principio. Estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así toda la vida.* (Cap. VI, núm. 2.)

Con tan preciosas labores de trabajos y enfermedades labró Dios a esta piedra, sobre la que había de edificar de nuevo el destrozado edificio del Carmen. Inexplicables son ciertamente las utilidades que sacó de su padecer: amor a la soledad y penitencia, deseo único de tratar con Dios en la oración, y lección de buenos libros, con horror al pecado más leve, no tratar mal de nadie por poco que fuese, sino excusar toda murmuración, y tanto dolor de sus faltas como anhelo por excusarlas y adquirir virtudes, estas eran las aspiraciones de la monja de la Encarnación que no satisfecha con lo que había sufrido pedía a Dios la quitase la vida o le diese que sufrir. De este modo la mira de sus trabajos consumida en el fuego del amor de Dios, exhalaba sus arómas por todo el convento de la Encarnación. ¡Oh Virgen Teresa, mártir por el sufrimiento en vuestros trabajos, llevados no solo con paciencia sino también con alegría, enséñanos a sufrir con alegría por amor de tu Esposo Jesús.

Tibieza en la oración

En tan frágil sujeto como es nuestra naturaleza, y en vaso tan tornadizo e inconstante como nuestra voluntad, nada es estable y seguro, ni aun la virtud de los santos, por eso vemos que no obstante el cúmulo de preciosas virtudes que florecían en la angelical Teresa, tiene más tarde que lamentarse en la tibieza, pues al par que Dios la colmaba de regalos ella huía de la oración y se entretenía en conversación con las criaturas, aunque todo ello con recta intención y sin hacer cosa que entendiese iba contra la voluntad de Dios. «Dios,—dice élla—, hizo como quien es, que pudiese levantarme, y yo como quien soy en usar mal de esta merced». Por otra parte el demonio, que miraba con despecho los progresos de virtud de esta monja, a quien el Señor preparaba para darle cruda batalla, insiste de nuevo, valido de su mismo natural amable y agradecido, proporcionándola relaciones amistosas que la entretengan; de lo cual se lamentó ella después por estas palabras: «¡Quién dijera que había tan presto de caer, después de tantos regalos de Dios, después de haber comenzado su Majestad a dar-

me virtudes que ellas mismas me despertaban a servirle; después de haberme visto casi muerta, y en tan grave peligro de ir condenada; después de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva! ¡qué es esto, Señor mío! ¿en tan peligrosa vida hemos de vivir? bendito seais por siempre, que aunque os dejaba yo a Vos, no me dejasteis Vos a mí tan del todo, que no me tornase a levantar». (V. c. VI, n. 9).

Estas caídas de que la Santa se lamenta, no eran sino pérdida de tiempo en el locutorio con visitas innecesarias, que aunque nada malo se trataba en ellas, la distraían de la oración y de la continua presencia de Dios, que ella deseaba tener; porque «había en mí, —dice (cap. 37)—, una gran falta de que me vinieron muchos daños, que era aficionarme al que me tenía voluntad, y me holgaba de ver e y pensar en él, y en las cosas buenas que le veía, y me traía el alma harto perdida: siendo tan agradecida,—dice en otra parte— que con una sardina me sobornarían. Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones y an-

dar estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración tornarme a llegar a Dios». Al mismo tiempo que la Santa se ocupaba en estas distracciones, Jesús instaba a su corazón para que se volviese a El del todo y dejara estas ocasiones de las que, si bien salió libre de culpa grave, la dieron después materia de constantes lágrimas.

Avisos del Señor.—

Muerte de su padre.

Regreso a la oración.

«Estando con una persona en el locutorio de la Encarnación —dice élla—, quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello le pesaba.» (Vid. VII, 6.)

Con estos avisos del Señor se resolvió a dejar las visitas y darse de nuevo a la oración y trato con Dios. Ayudó a ésto el haber tenido que salir del convento para asistir a la muerte de su padre, acaecida el 24 de diciem-

bre de 1543. Con este motivo trató al P. Barrón, Dominico, confesándose con él y dándole cuenta de toda su vida, y del modo de proceder en la oración. Descubrió el Padre en aquella alma el ardid del demonio que quería apartarla de la oración bajo pretexto de más humildad; la mandó volver a ella, comulgar cada quince días, y continuar con fervor los ejercicios de mortificación y penitencia.

Gustosa obedeció a todo, y emprendió de nuevo la lucha contra los pensamientos y sequedades, lucha que la duró más de veinte años, contados desde antes de morir su padre. Quería vivir una vida enteramente seráfica y sin embargo las tinieblas atormentaban su espíritu por parecerle que no amaba a Dios, y que Dios la deshechaba. No por eso abandonó la oración, antes insistía en ella con más prolongado fervor, pidiendo a Dios la diese vida. Porque «bien entendía yo,—dice— que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte y no había quien me diese vida, ni yo la podía tomar». Acudía a sus confesores y lejos de ayudarla, permitiéndolo Dios así, solo servían para empujarla mar adentro, en el profundo océano de dudas y perplejidades llegando a veces, a creerse re-

chazada de Dios y de los hombres, sin un ángel de luz que guiase sus pasos en la noche oscura de su espíritu. Añádase a esto los sufrimientos del cuerpo, pues todos los días tenía grandes vómitos y muchos graves dolores en todo su cuerpo.

De este modo maravilloso labraba Dios en Teresa la futura reformadora del Carmelo, acrisolada por el temor y la duda, contrariada por las personas de bien y llena de sufrimientos y desprecios, juntamente con las muchas y rigurosísimas penitencias que ella añadía para implorar de su esposo luz y misericordia. ¡Ah, es que para llegar a la cumbre de la perfección dice uno de sus panegiristas, «hay que atravesar antes desolados desiertos y dejar las huellas de nuestros pies ensangrentados sobre los riscos de escarpadas cimas. El justo es tanto más justo cuanto más se parece al divino mártir, y este tuvo que trepar al Monte santo cargado con la Cruz a cuestas. Hay que desengañarse: que nadie sueñe en surcar los procelosos mares del mundo y arribar a las playas sonrientes de la eterna vida, embarcado en las pintadas naves de los goces y los placeres: esos mares solo se surcan prósperamente en una nave, la

del madero de la Cruz, y en esa nave los surcó Teresa». Por eso no pedía ella que Dios quitase sus sufrimientos, sino que la diese luz para no extraviarse en medio de tantas tinieblas.— Afligida de pensar que tenía ofendido a su Esposo divino y desconfiando de sus propias fuerzas para subir la cuesta de la virtud y entregarse del todo a El entró en un oratorio donde había una imagen de Cristo N. S. muy llagado y herido, y hecha un río de lágrimas, se arrojó ante él clamando con dolorosos gemidos: Señor mío y Dios mío, no me levantaré de aquí hasta que me hagáis esta merced.» y la merced que pedía era luz y fortaleza para nunca ofenderle.

:-: Cambio de vida :-:

No fué sin fruto la fervorosa oración; porque se sintió con tanto ánimo al levantarse que empezó una vida completamente angelical, sin osar levantar los ojos del suelo, en tanto que los de su alma estaban siempre fijos en el cielo. Comenzó a parecerla vivía en otro mundo alejada del presente. Y como los que navegan en el mar cuanto más se engolfan en él, tanto de más lejos miran la tierra, así

Teresa, metida en aquella nueva región de luz, comenzó a mirar las cosas de acá como unas muy apartadas sombras de muerte. Y en fin, como vecina de la celestial Jerusalén, comen-



El no dejar la oración fué el remedio de mis males.

zó desde aquél día a ser peregrina de esta tierra de confusión, despegando por completo su corazón de las criaturas para ponerle en el Creador. «No quiero que tengas ya conversación con los hombres, la dijo Jesucristo, sino con los ángeles.

Consuelos del Señor.

Ansias de amor.—

:: Transverberación ::

Contra las alarmas y reparos de los que la trataban la fortalecía el Señor diciéndole: «No hayas miedo, hija, que yo soy, no te desampararé, no temas, no estás olvidada ni te abandonaré jamás» Tal ánimo le daban estas palabras del Señor que exclamaba diciendo: «Fáltenme todos, Señor, levántense contra mi todos los letrados, persíguenme todas las cosas creadas; atorméntenme los demonios; mas si Vos no me faltais, no os faltaré yo.» Crecía con esto su fervor y confianza en Dios hasta tal punto que comenzaba a tratar con el Señor dice élla, como una cosa propia. Y quejándose con El como a otro igual le decía «Bien sabeis que me es tormento grandísimo el comer, dormir, negociar, tratar con todos y todo lo paso por Vos; pues bien sabeis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, que tan poquitos ratos como me quedan para gozar de Vos (en la oración) me os escondais? ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me

teneis? Creo yo, Señor, que si fuera posible el esconderme yo de Vos, como Vos de mí que pienso y creo del amor que me tenéis, que no lo sufriérades» (Vid. c. 37, núm, 8)

Otras veces se le aparecía el mismo Jesucristo y la consolaba. y en forma de resucitado le tuvo a su la-



Nuestro Señor me mandó hacer un Monasterio de la reforma.

do muchos años con tanta hermosura que no podía apreciar ya ninguna de las hermosuras de este mundo.

«De no haber creado el cielo», la dijo en otra ocasión, por «í sola lo hubiera creado». **Anegada en las avenidas de tantos favores**

deseaba sufrir por Jesucristo y exclamaba: «Señor ó padecer ó morir» Otras veces prorrumplía en ímpetus amorosos que cual llamaradas de fuego brotaban de su corazón enardecido: ¡Oh, deleite mio, decía, Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio daís al que tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de Vos?» Para calmar estas ansias envió Dios un ángel a quien ella veía muchas veces junto a sí con un dardo de oro en la mano de cuya punta salía una llama de fuego, y con él le atravesó varias veces el corazón: pareciéndole a la Santa que cada vez que el ángel tiraba del dardo se llevaba el corazón consigo y la dejaba el alma abrasada y deshecha. El dolor que sentía era tan grande que, sin poderlo resistir la hacía dar gritos y gemidos penosos. Pero al mismo tiempo era tal la suavidad y gusto de Dios que sentía, que no podía desear se acabase aquella pena, ni se cerrase la herida.

Para purificar más y más su corazón concedíala Dios el vivir; pero un vivir que era una muerte continuada: un vivir en que, dándola a gustar a menudo de las dulzuras celes-

tiales y no poseyéndolas todavía, sentía desbordársele por el corazón las hondas e implacables nostalgias que la hacían repetir: *¡Ay, qué larga es esta vida! ¡Qué duros estos destierros! Esta cárcel y estos hierros — En que el alma está metida! — Solo esperar la salida — Me causa un dolor tan fiero — Que muero porque no muero.*



Ví un Angel que con un dardo atrevesaba mi corazón.

Quisiera emplearse y deshacerse toda en servicio de su Amado. Quisiera sufrir hasta el día del juicio todos los tormentos juntos

por adquirir un grado más de gloria. Quisiera estar en el purgatorio hasta el día del juicio con tal de que se salvase un alma más por su medio. «Porque entiendo — decía élla —, que se agrada más a Dios, de que por nuestra industria se salve un alma que todos los demás servicios que le podamos hacer.»

Mostrándola otro día el Señor las dulzuras de la gloria la dijo: «Mira, hija, cuánto pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo.» A lo que respondió la Santa: «Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho a los que sus hechos les tienen ciegos, si vuestra Majestad no les dá luz.»

Estando un día para comulgar apareciósele Jesucristo con gran hermosura y resplandor, y dándola su mano derecha en señal de que se desposaba con su alma la dijo: «Mira hija este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido, de aquí en adelante no solo como Creador y como rey y tu Dios, mirarás por mi honra, sinó también como verdadera esposa mía. Mi honra es ya tuya, y la tuya es mía».

Hermosura del alma

:: en gracia de Dios ::

Ve'a en este tiempo su alma como una nube que la ha embestido el sol con la fuerza de su claridad y rayos, que toda está llena de luz y penetrada de ella de tal manera, que por donde quiera que se mira parece un sol. Adquirió con esto tan alto conocimiento de la grandeza del alma que decía: «no haber edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes; y mientras mayores, más resplandecientes las piedras». «En este palacio está este gran Rey, que ha tenido por bien ser vuestro Padre, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón». (C. 28. 9).

Fealdad del alma en

::: pecado ::: :::

También se le dió a entender la fealdad del alma que está en pecado mortal «Quiero os decir que consideréis, qué será ver este castillo de nuestra alma tan resplandeciente y hermoso... cuando cae en un pecado mortal. No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan obs-

cura y negra, que no lo este mucho más. No queráis más saber que con estarse el mismo sol (Dios), que le daba resplandor y hermosura, todavía en el centro del alma, es como si allí no estuviese para participar de él, Con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en él el sol, ninguna cosa le aprovecha. Y de aquí viene que todas las obras buenas que hiciere, estando así en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de él, no puede ser agradable a sus ojos; pues en fin, el intento de quien hace un pecado mortal no es contentar a Dios, sino hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una misma tiniebla. (M. I c. 2º n. 1º) Si entendiesen cómo queda un alma cuando comete un pecado mortal no sería posible pecar, aun que se pudiese a mayores trabajos que se pueden pensar por huir de las ocasiones. Quedan hechos una oscuridad; y así son sus obras. Porque así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos que salen de ella, como es un alma que está en gracia, que de aquí le

viene ser sus obras tan agradables a Dios, porque proceden de esta fuente de vida: así el alma que por su culpa se aparta de esta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua, y de mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad. Es de considerar aquí que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura. Mas si sobre un cristal que está al sol se pusiese un paño muy negro, claro está que, aunque el sol dé en él no hará su claridad operación en el cristal.» (Ibid. núm. 2-3)

«¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo! ¡entendeos y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuréis quitar esta pez de este cristal? Mirad que si se os acaba la vida, jamás tornaréis a gozar de esta luz. ¡Oh Jesús! ¡qué es ver a un alma apartada de ella y metida en las tinieblas del pecado. Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal.» (Moradas 1^{as}. c. II., núm. 4.)

Intentos de Reforma

No pararon las divinas mercedes en solo ver y gozar tan altos favores: comunicóle el Señor profunda noticia de cosas ausentes y venideras con el don de milagros. Por todo lo cual Teresa se desvivía buscando algún medio de servir a Dios con más perfección.

«Era entonces cuando el espíritu del mal, tendiendo sus alas de dragón por el viejo mundo, arrebatava todos los días del redil de Jesucristo muchedumbre de ovejas enloquecidas y fanatizadas por las ideas protestantes. El rumor de los triunfos conseguidos por la apostasia llegó hasta los claustros donde Teresa consumía su vida como un pebete de divino amor.» Llenóse su corazón de pena; pues como había visto las penas del infierno y las inefables alegrías de la gloria, sentía amargamente que trocasen aquellos desventurados con su ceguedad tantos bienes por tan incomparables males. Pedía al Señor el remedio con lágrimas del corazón, y viendo que no podía por su condición de mujer ir a predicarles la fé y remediar aquel mal determinóse a fundar un monasterio y observar en toda su pureza e integridad los consejos evangélicos.

De este modo predicaría con el ejemplo ya que no podía hacerlo por la palabra; y mientras ella y sus hijas ofrecían a Dios sacrificios y oraciones por los predicadores, estos harían más fruto con sus sermones. Y más tarde sus hijos los Carmelitas realizarían sus dorados ensueños de regeneramiento y de reforma, porque combatiría con ellos un ejército de hermanas, de verdaderos ángeles bajo humana vestidura que como otros tantos Moisés, no cesarían de tener los brazos levantados a Dios desde las soledades de sus conventos.»

Andando en estos pensamientos y celestiales fervores, háblala N. S. después de comulgar y le dice que lo procure con todas sus fuerzas pues será muy de su agrado, y que el convento que funde se llame de San José.

Asegúrala por el divino mandato; por el consejo de su confesor, el de San Pedro de Alcántara, por la aprobación de San Luis Beltrán, y del Beato Juan de Avila, y con la licencia del General de la Orden y del Obispo de Avila puso manos a la empresa y empezó la fundación del convento de San José, en 1560, por mediación de su cuñado Juan de Ovalle. Alborotóse la ciudad y quiso impedir

la obra pero la intervención del P. Bañez, Dominicano y la protección de D. Alvaro de Mendoza, Obispo de Avila, lograron calmar los ánimos y evitar el atropello.

Para demostrarle la Santísima Virgen cuán agradable la era la obra que en honra suya emprendía se le apare-



En diez y seis años Santa Teresa hizo muchos viajes en carros para fundar conventos.

ció con su esposo San José un día de la Asunción en la Iglesia de Santo Tomás de PP. Dominicanos, animándola y consolándola, al mismo tiempo que la vestían una hermosísima

capa blanca en señal de que estaba limpia su alma de toda culpa, y poniéndola al cuello un collar de riquísimas perlas, símbolo de las aquilatadas virtudes que poseía.

Pensando que la casa que hacía para convento era demasiado pequeña, se la apareció el Señor y a manera de represión la dijo: «Ya te he dicho que entres como pudieres. ¡O codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar!» Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener donde meterme!»

Con este aviso cobró tal amor a la pobreza que en adelante no hubo teólogo que la persuadiese a fundar el convento con renta.

Mientras levantaban las paredes del convento vínose una de ellas a tierra cogiendo debajo a un sobrinito de la Santa que por allí andaba jugando, quitándole la vida, que la Santa le devolvió milagrosamente.

Cuando más ocupada y preocupada estaba con las obras de la nueva Reforma, recibió orden de su provincial para irse a Toledo a consolar a D.^a Luisa de la Cerda que se hallaba sumamente afligida por la muerte de su esposo. En los seis meses que allí estuvo escribió el libro de su vida; y cuando volvió a Avila se encontró allí al breve de Roma au-

torizando la Fundación. Con esta autorización, la de D. Alvaro de Menza y la de San Pedro de Alcántara terminó la obra y se pasó a su convento con cuatro jóvenes que habían de servirla como cimientos para la reforma, el 24 de agosto de 1562; empezando a lucir desde ese día el nuevo sol de la Reforma Carmelitana, cuyos resplandores habían de extenderse por las cuatro partes del mundo. ¡Qué grandes son las obras de Dios, y que admirables sus juicios! ¡Cómo confunde la protervia y orgullo de los corifeos del Protestantismo, a quienes la observancia del Evangelio les parecía imposible, con la vida angelical de estas tiernas doncellas, que se proponen y lo consiguen, guardarla en toda su integridad!

Este es el pequeño granito de mostaza, en que está figurado el reino de Dios, que creció como árbol gigantesco en el que anidan las aves del cielo, las almas contemplativas. Esta la pequeña fuente que al poco de nacer se convierte en rios caudalosos que extendiéndose por todo el mundo fecundarán con sus refrigerantes aguas el campo de las almas.

Nuevas luchas del es-
piritu

Tras de un momentáneo gozo que experimentó la Santa al ver terminada su casita de San José, se le siguieron fuertes luchas interiores por parte del demonio y grandes persecuciones por parte de los hombres; pues se levantó en la ciudad una fuerte persecución hacia el convento intentando destruirle, y llamándola a ella ilusa y mala monja. Al mismo tiempo era atormentado su espíritu con temores y dudas. Para sacarla con ellas y alentarla en sus penas, se le aparece N. S. Jesucristo y coloca en su cabeza una corona, en señal de triunfo, agradeciéndole lo que había hecho por la orden de su Santísima Madre. Apareciéndosele también poco despues la misma Virgen Santísima en el coro cobijándola a élla y a sus novicias bajo su blanco manto.

He aquí a la invicta capitana recibiendo el premio de sus victorias, y preparándose para nuevos triunfos; pues apenas sosegados los ánimos de sus enemigos, y disipadas las dudas que atormentaban su espíritu, se dedica con ahinco al cultivo de aquellas nuevas plantas y a regar con sus virtudes el nuevo vergel carmelitano.

Deseos de misionera

Contenta estaba la Santa en su estrecha y pobre casita como si habitase el más suntuoso palacio del mundo, cuando llegó a visitarla Fr. Alonso Maldonado, religioso Franciscano que venía de misionar en las Indias, y ponderando ante la Santa las muchas almas que allí se perdían por falta de misioneros, de tal manera quedó lastimado su corazón, que se quejaba al mismo Jesucristo de no poder ella por su condición de mujer remediar aquellos males, consolándola el Señor con estas palabras, «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas». Estas grandes cosas eran las nuevas fundaciones que Dios le tenía reservadas y la Reforma entre los religiosos.

No se hizo esperar mucho tiempo la promesa del Señor; pues cuando la Santa se hallaba más fervorosa entregada con sus cuatro novicias a la oración y a la penitencia pidiendo por la conversión de los infieles, le piden que vaya a Medina del Campo para hacer una nueva fundación de monjas.

No se hizo de rogar la Santa, pues con el deseo que tenía de servir a Dios y la licencia del general de la Orden se puso en camino a

13 de agosto de 1557, aunque llena de achaques y con 53 años de edad.

Tan pronto como llegó a Medina comunicó sus fervores con el P. Antonio Heredia y con San Juan de la Cruz a los que conquistó para dar principio a la Reforma entre los frailes.



San Juan de la Cruz que inauguró el primer convento de Duruelo.

Extendida por toda España la fragancia de las nuevas flores del Carmelo piden a la Santa otras fundaciones en Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca y Alba de Tormes. En 1571 la nombran Priora del convento de la Encarnación donde tuvo que sufrir nue-

vos trabajos al mismo tiempo que Dios le comunicaba nuevas gracias y favores.

Multiplíquense las fun-

:-: :-: daciones :-: :-:

Después de varios sucesos en los que siempre dejaba admirables ejemplos de virtud salió para nuevas fundaciones, Segovia, Veas, Caravaca, Sevilla, Villanueva de la Jara, Palencia y Soria. La nombran Priora de su primer convento de San José de Avila 1581 para reparar algunos menoscabos sufridos en la observancia, y de allí parte para su última fundación de Burgos 1582, que fué la corona de todas ellas tegida de rosas y espinas, no solo por las contradicciones que sufrió, sino también por los malos caminos, por los achaques y dificultades que le salieron al paso.

De allí partió en el mes de Agosto a los 67 años de edad con intención de ir a su convento de Avila para terminar su priorato y reponer su salud, bastante quebrantada de tantos trabajos. Pero la divina Providencia disponía otra cosa, y el Provincial la mandó ir a Alba de Tormes para consuelo de la Duquesa. Llegó tan fatigada y enferma que le fué forzoso

acostarse, diciendo: «¡qué cansada me siento! Veinte años ha que no me he acostado tan pronto!» y pasando ocho días con gran fatiga sin hacer cama, rindióse al fin el día de San Miguel, pidiendo, después de haber comulgado, que la llevasen a la enfermería. Pasado aquel día en continuo arrobamiento, declaró a su fiel compañera Ana de San Bartolomé, que se acercaba su fin.

Su muerte edificante

El 3 de Octubre de 1582 pidió el Santo Viático, y suplicando a sus monjas, mientras lo traían, la perdonasen, las repetía con la más profunda humildad de corazón: «No aprendan de mí; que he sido una mala monja, y la que peor ha guardado la regla y constituciones. Pídelas por amor de Dios las guarden con perfección, y encendiéndose su rostro como de un serafín a la vista de la Hostia sagrada exclama llena de alegría: «Ya es llegada, Señor la hora de vernos: ya es tiempo de caminar... sea muy enhorabuena... En fin, Señor, soy hija de la Iglesia,» y repetía esto muchas veces llena de gratitud por este beneficio, que nosotros tanto desconocemos.

En estos y otros afectos sumergida, pide y recibe la Extrema-Unción con gran devoción, y preguntada por el P. Fr. Antonio dónde quería que llevasen su cuerpo, respondió:



¡Oh, Señor, tiempo es ya de que nos veamos!

«¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra». Pasó aquella noche con grandes dolores, y echándose a las siete de la mañana de un lado, con un crucifijo en las manos, quedó absorta por catorce horas y al fin de ellas pónese en Alba el sol que alumbraba a España, o más bien raya en Alba el alba de un nuevo día de gracia para iluminar todo el

mundo, expirando el Serafín Teresa de Jesús a impulsos sin duda del amor divino, a las nueve de la noche el día 4 de Octubre 1582.

En estos instantes las maravillas se suceden unas a otras: Ana de San Bartolomé ve a Jesucristo, la Virgen María, San José y muchos ángeles al pie de la cama para llevar su alma al lecho florido del divino Salomón: Catalina de la Concepción vé entrar en su celda los diez mil mártires para acompañarla en su viaje de triunfo a la gloria. Al espirar vé otra religiosa, salir de su boca una paloma que remonta su vuelo rodeada de ángeles hácia el cielo: un almendro seco junto a su celda, florece; y en fin, con estos y otros prodigios acredita el Señor la gloria de que disfruta su fiel sierva y amante Esposa.

Poderosa intercesión

::: de la Santa :::

Si España, Francia y Bélgica se preservaron del naufragio de la herejía protestante, se debe en gran parte a la intercesión de Santa Teresa y a su reforma, que se estableció en estos países desde su principio o poco después.

Según una respetable tradición, la Santa convirtió con sus oraciones tantas almas, como San Francisco Javier con sus apostólicas predicaciones. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que el móvil de la Santa al establecer la Reforma, fué contener, por medio de la oración y penitencia, los estragos que causaba la herejía, y rogar por los predicadores y defensores de la Iglesia Católica.

Por eso es muy laudable poner bajo su protección las obras de celo y propaganda católica, San Alfonso de Ligorio la eligió por patrona de sus trabajos evangélicos y ya sabemos cuánto le aprovechó.

Además la que viviendo en la tierra era tan dulce, amable y de condición tan agradecida, ahora que reina en el cielo siempre está dispuesta a ayudarnos en todas nuestras necesidades, así espirituales como temporales, con tal que no la pidamos cosas opuestas a nuestra salvación y a la gloria de Dios.

De los milagros que el Señor ha obrado por su intercesión después de su muerte sería nunca terminar si se hubiesen de referir todos. Por esta causa su devoción se ha derramado en todos los corazones, y es conocida

y venerada por todo el mundo con el cariñoso nombre de «La Santa Madre».

::: :: **Epílogo** ::: ::

He aquí trazada a grandes rasgos la vida admirable de esta virgen insigne, adornada de la inocencia de Susana del fervor de Ester, del heroísmo de Judit, de un espíritu vasto y sólido, de un ingenio sublime y luminoso, de un alma grande y heróica, de activo y firme carácter, de corazón generoso y sensible, noble y único. Sus conocimientos, sus deseos, sus empresas, sorprenden, admiran y arrebatan. De su limpia, delicada e ingeniosa pluma salían rayos luminosos, efusiones piadosas, arrebatos amorosos. Sábia y humilde, sufrida, tranquila. Guiada en todas sus obras por la caridad, se hacía superior a los reveses del tiempo y de las criaturas. Ejemplo singularísimo, de confianza, de desinterés, de constancia, de prudencia y discreción. Fué Apóstol, Profeta y Legislador. Un Elias por el celo, un San Pablo por la caridad, y un San Agustín por los celestiales escritos que brotaron de su pluma seráfica, y un modelo acabado de la virgen y de la mujer cristiana.

¡Oh mi Dios! gracias te doy por habernos dado la grande, dulce y simpática Santa Teresa de Jesús; y tu madre querida, seas bendita y alabada por el gran bien que has hecho a las almas y la gran honra que procuraste a



El célebre Monasterio del Monte Carmelo restaurado en 1827

Jesucristo, a su Santísima Madre y a San José Nosotros, aunque indignos, te pedimos que nos bendigas y nos alcances abundancia de gracia del amante Corazón de N. S. Jesucristo, a quien sea el amor, la alabanza y la gloria por todos los siglos. Amén.

The first part of the paper is devoted to a description of the
 various forms of the genus *Stenobothrus* which have been
 described by other authors. The second part is devoted to a
 description of the new forms which have been discovered by
 the author. The third part is devoted to a description of the
 new forms which have been discovered by the author.



The fourth part of the paper is devoted to a description of the
 new forms which have been discovered by the author. The fifth
 part is devoted to a description of the new forms which have
 been discovered by the author. The sixth part is devoted to a
 description of the new forms which have been discovered by the
 author. The seventh part is devoted to a description of the
 new forms which have been discovered by the author.

RELIQUIAS

Las principales reliquias de la Santa se veneran en Alba de Tormes donde está su sagrado cuerpo, y separado de él un brazo y el corazón.—*En Ávila* la casa don le nació convertida hoy en convento de PP. Carmelitas, un dedo de la mano, el báculo que la servía de apoyo en sus viajes, el crucifijo que llevaba a las fundaciones, un cuadro de la Dolorosa, un autógrafo, la suela de su sandalia, una disciplina y el rosario que ella llevaba pendiente de la correa, engarzado después de su muerte en cadenilla de plata; con otras muchas que se veneran en los conventos de San José (Las MM.) y en el de la Encarnación donde entró monja y vivió la mayor parte de su vida religiosa recibiendo extraordinarios favores del Señor y de donde salió para la Reforma.

Importantes avisos de Sta. Teresa para las jóvenes

- 1.º Sea modesta en todas las cosas que hiciere y tratare (4).
- 2.º Hable a todos con alegría moderada (6).
- 3.º Nunca encarecer mucho las cosas, sino con moderación decir lo que siente (13).
- 4.º De ninguna cosa hacer burla (7).
- 5.º Nunca afirme cosa sin saberla primero (15).
- 6.º En todas las pláticas y conversaciones siempre mezcle algunas cosas espirituales, y con esto se evitaren palabras ociosas y murmuraciones (14).
- 7.º Jamás de nadie oigas ni digas mal, sino de tí misma: y cuando holgares de esto vas bién aprovechando (22).
- 8.º Nunca hablar sin pensarlo bién, y encomendarlo mucho a N. S., para que no hable cosa que le desagrade (10).
- 9.º Cada obra que hicieres dirígela a Dios,

ofreciéndosela, y pídele que sea para su honra y gloria (23).

Siempre imagínate sierva de todos, y en todos considera a Cristo N. S., y así les tendrás respeto y reverencia (25).

En cualquier obra y hora examina tu conciencia, y vistas tus faltas, procura la enmienda con el divino favor, y por este camino alcanzarás la perfección (27).

No pienses faltas ajenas, sino las virtudes y tus propias faltas (28).

Jamás hagas cosa que no puedas hacer delante de todos (43).

No hagas comparación de uno a otro, porque es cosa odiosa (44).

En cosas que no le va ni le viene, no sea curiosa en hablarlas ni preguntarlas (47).

Con el exámen de cada día tenga gran cuidado (57).

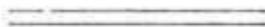
Tenga presente la vida pasada para llorarla, y la tibieza presente, y lo que le falta por andar de aquí al cielo, para vivir con temor, que es causa de grandes bienes (48).

Mirar bien cuán presto se mudan las personas, y cuán poco hay que fiar de ellas, y así asirse bien de Dios, que no se muda (62).

Acuérdate que no tienes más que un alma,

ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve, y una, que es particular, ni hay más de una gloria, y esta eterna, y darás de mano a muchas cosas (68).

Tu deseo sea de ver a Dios, tu temor si le has de perder; tu dolor que no le gozas; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz (69).



the first of these is the fact that the
 number of cases is not constant, but
 varies from year to year, and from
 place to place. In some years the
 number of cases is very high, and in
 some years it is very low. In some
 places the number of cases is high,
 and in some places it is low. This
 shows that the disease is not
 uniformly distributed, and that it
 is more common in some places than
 in others. This is probably due to
 differences in the habits of the
 people in different places, and to
 differences in the climate.

The second of these is the fact that
 the disease is more common in some
 places than in others. This is
 probably due to differences in the
 habits of the people in different
 places, and to differences in the
 climate. The third of these is the
 fact that the disease is more
 common in some years than in
 others. This is probably due to
 differences in the habits of the
 people in different years, and to
 differences in the climate. The
 fourth of these is the fact that
 the disease is more common in
 some places than in others, and
 more common in some years than
 in others. This is probably due
 to differences in the habits of the
 people in different places and
 years, and to differences in the
 climate.

Fechas notables de la vida de Santa Teresa

Nació el 28 de Marzo de 1515.—Fué bautizada el 4 de Abril de 1515.—Huyó con su hermano Rodrigo en 1522.—Perdió a su Madre en 1528. Entró en el convento de Gracia en 1531.—Se dirige a Castellanos de la Cañada a últimos de 1532.—Toma el hábito en la Encarnación el 2 de Noviembre de 1536.—Profesa el 3 de Noviembre de 1537.—Murió su padre el 24 de Diciembre de 1543.—Fundó el primer convento de la Reforma en 24 de Agosto de 1562.—El primero de frailes en Duruelo 28 de Noviembre de 1568.—Murió en Alba el 4 de Octubre de 1582 (actualmente 14 por la reforma del calendario). Se traslada su cuerpo a Avila en 1585,—Se devuelve a Alba en 1586.—Se imprimen sus obras en 1588.—Fué beatificada por Paulo V el 24 de Abril de 1614.—Canonizada por Gregorio XV el 12 de

Marzo de 1622.—Declarada Patrona de Avila en 1613 y de toda España por Urbano VIII el 2 de Julio de 1627.—Declarada Patrona del Cuerpo de Intendencia Militar 22 de Julio de 1915. — Declarada Doctora (honoris causa) por la Universidad de Salamanca 1922.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús

Número.....	3078	Precio de la obra....	15	Ptas.
Estante.....	95	Precio de adquisición.	11	
Tabla.....	6	Valoración actual....	21	

30

